



FERRAN NADRI

Toni Hill.

## Un asesino en serie en Barcelona

El último verdugo, de Toni Hill, es uno de los mejores thrillers patrios publicados en los últimos años

POR MARTA MARNE

El garrote vil se asocia en muchos casos a la Inquisición, pero la última ejecución en España a través de este procedimiento, la de Salvador Puig Antich, se produjo el 2 de marzo de 1974. Un método que, como todos aquellos en los que un ejecutor interviene, dependía de la pericia y la fuerza del mismo: una muerte instantánea o una larga y agónica. En el imaginario popular aún resuena la sentencia de Pepe Isbert en la película *El verdugo* (1964) de Luis García Berlanga sobre la inhumanidad de este sistema: «Si existe la pena, alguien tiene que aplicarla». Pero ¿qué ocurre cuando una persona, por su cuenta y riesgo, dictamina lo que está bien o mal y decide aplicar justicia? ¿Qué es lo moralmente reproachable? Y sobre todo, ¿quién debe sentenciarlo? En un momento político en el que tratan de arrebatarlos las clasificaciones penales que tanto tiempo nos ha costado designar, la última novela de Toni Hill (Barcelona, 1966), *El último verdugo*, alcanza una relevancia fundamental.

Tras el descubrimiento de tres cadáveres con una escenificación muy meditada, cada uno de ellos en una estación diferente, la policía sabe que cada tres meses tendrá un nuevo cuerpo que analizar. La nota hallada junto a los cuerpos («alguien tiene que hacerlo») deja claro que es un asesino en serie, así que decide contar con una criminóloga, Lena Mayoral, que ayudará a leer las huellas psicológicas que el criminal ha

dejado.

Hay una serie de elementos que ya forman parte de la idiosincrasia de la literatura de Hill. El primero es la denuncia social como uno de sus rasgos fundamentales sin que el lector apenas lo perciba. La elección de determinados protagonistas en sus ficciones es, en el fondo, un claro posicionamiento político; de este modo, en esta novela el número de personajes homosexuales puede ser equiparable al de heterosexuales y hay también familias homoparentales.

En segundo lugar, la coralidad de sus obras. Nunca tenemos un único y claro protagonista: Hill siempre construye un universo de voces, personajes y relaciones. Y una de las claves para que esto funcionen tan bien como lo hace es el talento del autor para dibujar sus personalidades. Este rasgo resulta determinante en una trama en la que víctimas, sospechosos e investigadores se disputan el liderazgo de forma constante. Todos son relevantes por igual, y la alternancia de su trascendencia les coloca a la misma altura. Algo difícil de conseguir.

Por último, los secretos como el motor de sus intrigas; se nos presentan una serie de elementos que tan solo conocen algunos de los protagonistas, y que sirven como moneda de cambio para generar pactos y enemistades. En esta novela todos parecen tener algo que ocultar. Y que el lector siempre vaya un paso por delante y sepa mucho más que los personajes resulta fundamental para que el suspense no decaiga.

Estamos ante uno de los mejores thrillers patrios de los últimos años. La clave reside en una trama inteligente, unos personajes bien contruidos y una firme voluntad de entretener como motor de la lectura. Y promete ser uno de los libros que veremos en todas las tumbonas este verano.



TONI HILL  
El último verdugo  
Grijalbo  
504 páginas / 21,90 euros

## Leemos



José Joaquín  
Martínez Egido

## Siempre un caballero

La enfermedad de la completa negación en *Un caballero a la deriva* de Herbert Clyde Lewis

florescoteo

Yo he navegado poco, más bien nada, y supongo que los barcos de pasajeros llevarán todas las medidas de seguridad posibles para que no se caigan los pasajeros. En mi viaje de instituto a Mallorca, allá por después de la prehistoria, yo pensaba: «¿Y si alguien se tira por la borda?» O peor, «¿Y si alguien se cae?» Y me decía: «Imposible caerse». Pues no, en la novela corta *Un caballero a la deriva* (Perriférica, 2023), el caballero resbala en cubierta y cae al mar y el barco parece seguir su curso. Este es el arranque, *in media res*, de la novela, escrita en 1937, con el que Herbert Clyde Lewis cumple el primer mandamiento de la narrativa: impactar en la primera página. Y sí, impacta, hasta el punto de que la intriga no decaerá hasta el final.

Enseguida vamos conociendo quién es Henry Preston Standish, y cómo y por qué se había embarcado en el Ara-

bell, una especie de carguero con pocos pasajeros, de Honolulu a Panamá. El autor lo presenta como un caballero completo, hasta el punto de que el propio personaje se sofoca al pensar que un hombre como él haya podido caer de un barco. Es licenciado por Yale, corredor de bolsa, 35 años, practica la natación y el balonmano. Es un hombre familiar, casado con Olivia, con la que tiene una hija, viviendo en un barrio excelente de Manhattan, y que «Siempre hacía lo que tenía que hacer, aunque sin entusiasmo» (p.37). Una vida planificada por la sociedad de la que es producto: «[...] el mundo estaba lleno de dignidad y dignidad era lo que un hombre necesitaba» (p.18).

La historia es contada por un narrador tradicional en tercera persona omnisciente, como una voz en off, semejante a un narrador de cuento oral, mediante frases directas, muy ordenadas y con una legibilidad muy alta. Opta por una estructura fragmentada en la que, si bien el hilo narrativo es la estancia en el agua durante casi un día entero, este se va interrumpiendo, contando lo relativo al viaje, a los compañeros y a su propia vida. Con estos tres elementos,

el lector conoce la realidad de la historia y se hace acompañar por la dimensión metafísica que va alcanzando la narración, pues en su estancia en el agua comprende su verdadera soledad: «Era un insignificante bulto de vida en un mundo inmenso [...] no era más que un hombre asustado que estaba lejos de su hogar» (p.33). En este sentido es importante destacar la actitud de Standish durante su estancia a la deriva y cómo evoluciona su pensamiento y su idea de la muerte, hasta llegar a entender lo que realmente padecía: «La enfermedad de la completa negación» (81).

A su vez, lo que engrandece esta novela corta es la forma cómo cuenta la historia. Creo que responde a una estructura y a una visión cinematográfica, ya que la fragmentación y el desorden temporal son características definitorias de lo que es un guion cinematográfico, lo que,

por otra parte, sería algo funcional en este autor ya que trabajó como periodista y guionista en Hollywood, incluso fue nominado para un Oscar en esa categoría. Y esto se confirma plenamente con la manera de terminar la narración al hacer coincidir a todos los personajes (el recepcionista del hotel de Waikiki; Olivia, en Nueva York; su hija Helen, el señor Prsik en el Arabela, el capitán Bell, el pequeño Jimmy Benson, Nat Adams) en un momento temporal primordial, ya que la vida es un círculo y en la emoción final se revive la sensación inicial de la vida con un buen toque melodramático.

Y ¿por qué deberíais de leer esta novela? Porque, sin dejar de ser una pequeña excentricidad, no más de 150 páginas, presenta un argumento en el que todo elemento sirve para su buena consistencia y se convierte así en una narración perfecta; porque la reflexión vital es atemporal y universal y porque, aunque sea de forma metafórica ¿cuántas veces no nos hemos resbalado y hemos caído por la borda? Eso sí, la mayoría ha podido subir al barco, aunque sabemos que otros, por desgracia, no lo consiguieron.



Herbert Clyde Lewis.